

## **Las Medicinas Ancestrales y la Conexión con la Naturaleza**

Roldán José Montoya Feo

Las medicinas ancestrales son un acervo de conocimiento, ciencia y sabiduría sagrados que forman parte fundamental de la cultura y la espiritualidad de los pueblos originarios desde tiempos muy remotos. Se basan en un enfoque completamente holístico sobre la salud y la vida, bajo el cual los ámbitos físico, mental y espiritual, así como el entorno natural y comunitario, están profundamente entrelazados y son interdependientes entre sí.

Para esta cosmovisión, la conexión armónica con la naturaleza es clave para lograr el equilibrio de los distintos ámbitos del ser y, como consecuencia, la salud del individuo y de la comunidad.

Las plantas y los elementos naturales presentes en las ceremonias de medicinas ancestrales son parte de una alquimia sagrada. No se trata de meros brebajes o infusiones que se ingieren de manera instrumental, atendiendo a sus propiedades químicas o farmacológicas, ni mucho menos de forma recreativa. Cada planta y cada elemento presentes son sagrados porque son seres vivos, sintientes, consientes de sí mismos, quienes se manifiestan cuando nos armonizamos con su frecuencia para brindarnos la oportunidad de sanar y para compartirnos su sabiduría.

Hablar de las medicinas ancestrales, desde la perspectiva de quien las ha tomado con cierta frecuencia bajo un contexto eminentemente ritualístico, es una tarea retadora por múltiples razones.

En primer lugar, es justo afirmar que, ya de por sí, resulta muy complicado describir una experiencia mística porque las mismas se desarrollan bajo estados de conciencia que agudizan o, incluso, exacerban nuestros sentidos: Sería como pretender describir o, peor aún, explicar los colores a quien ha sido invidente de nacimiento.

Por otra parte, se trata de experiencias que, desde la perspectiva del sujeto, tienen una carga semiótica que en gran medida no admite interpretaciones convencionales u objetivas, pueden tomar tiempos relativamente dilatados para ser integradas a plenitud por el participante y no son replicables ni necesariamente similares, inclusive bajo las mismas condiciones ambientales, grupales, ritualísticas, con el mismo sujeto, con exactamente la misma medicina y la misma dosificación. Éste es parte del gran misterio de las medicinas ancestrales.

Por estas y otras complejidades, abordar las medicinas ancestrales, desde un enfoque estrictamente basado en la lógica y la razón, parece muy superficial y etnocéntrico, especialmente si se hace desde la premisa de que el conocimiento científico, tal como lo entiende la civilización occidental moderna, debe tener la última palabra.

Según he podido observar, aun las personas que son completamente ajenas a los contextos espirituales y ritualísticos de los pueblos originarios, así como a su cultura, cuando toman medicinas ancestrales bajo este tipo de entorno, pueden perfectamente vivir experiencias muy profundas que toquen integralmente su ser, independientemente de su cultura y su sistema de creencias personal.

En este sentido, el contexto espiritual y ritualístico de los pueblos originarios no perjudica la experiencia de quien desconoce o no se identifica con él porque no pretende evangelizar al participante ni intelectualizar su vivencia. Al contrario, tiene la capacidad de contribuir significativamente a maximizar sus resultados positivos, siempre desde el respeto y la

ecuanimidad, protegiendo y guiando a los participantes que se entregan con confianza a un proceso de sanación genuino.

En general, las medicinas ancestrales, de una manera muy íntima y particular para cada quien, tienden a poner a prueba el sistema de creencias, los valores, los patrones de conducta y la coherencia interna de quienes las toman, especialmente de aquellos que lo hacen con frecuencia. Todo tipo de personas han manifestado haber tenido experiencias que les han hecho reevaluar sus propias convicciones en el ámbito emocional, ético, social, espiritual, etc., incluyendo algunas personas ateas y algunos que se han acercado originalmente sin ningún referente de a lo que iban, movidos sólo por la curiosidad o buscando el cultivo de una espiritualidad muy distinta.

Para la medicina ancestral, la sanación, la liberación y sostenibilidad en el tiempo de las mismas no se centran en el alivio o en la completa erradicación de los síntomas físicos y/o emocionales de la enfermedad, entendida ésta como la expresión de una desarmonía interior y como una oportunidad de aprendizaje; sino, sobre todo, en el equilibrio y el balance de los ámbitos físico, mental y espiritual de la persona que las toma, quien es vista como el eje central de su propio proceso de sanación y liberación, ya que es ella quien debe darse cuenta del origen emocional, mental, conductual y/o espiritual de su enfermedad para poder decidir cambiar de valores, de actitud y/o de conducta en aras de generar y expandir la armonía y la salud que todo su ser necesita.

El chamán, en este sentido, es un hombre de experiencia, conocimiento, ciencia y sabiduría ancestral que facilita, acompaña y guía a la comunidad en sus respectivos procesos de sanación que, en gran medida, dependen de ellos mismos, ya que, si bien se reconocen las curaciones extraordinarias o milagrosas, la liberación y la sanación son fundamentalmente percibidas como las consecuencias de una decisión genuina de cada persona que se expresa con coherencia en todo su ser: La decisión de darse cuenta de aquello que deba darse cuenta para liberarse, armonizarse y sanarse, haciéndose protagonista y responsable de su propio proceso de sanación.

Bajo esta perspectiva, absolutamente integral de la salud, todos estamos llamados a permanecer atentos y al cuidado de nuestro equilibrio interno. Se trata de una visión que está hondamente arraigada en una concepción sobre la relación del ser humano con la naturaleza y la divinidad muy distinta a la de la cultura occidental moderna: “Desde una visión cósmica que vincula todos los seres del universo, incluyendo lo humano y no humano, se genera el resurgimiento y afloración de la Madre Tierra y de los que habitan en ella; una metáfora vivida, propiciadora de sentido y existencia”<sup>1</sup>.

La civilización occidental moderna es antropocéntrica, muchos incluso dirían que eurocéntrica, y, por tanto, considera que el ser humano, al igual que “El Hombre de Vitruvio” (1490), se encuentra en el centro o, mejor dicho, en la cúspide de la creación y está llamado a dominar sobre la misma; mientras que, para las culturas originarias, el ser humano es parte integral de un sistema, de naturaleza tanto material como espiritual, ante el cual debe mantener siempre una actitud de humildad y respeto, procurando coexistir en perfecto equilibrio, ya que de ello se deriva su propio estado de salud y, en cierta medida, el de todo el sistema.

En la cosmovisión de las culturas originarias, cada uno de los elementos que integran tanto el entorno social como la naturaleza son, en realidad, seres plenamente sintientes y

---

<sup>1</sup> Jaramillo Valencia y Lombo González (2023). Mentees reflexivas: revisión bibliográfica sobre prácticas ancestrales en la cosmovisión de los pueblos amerindios hacia la sanación del espíritu. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=9261303>

conscientes de sí mismos, con quienes debemos sostener relaciones armónicas para garantizar el bienestar de todos y adquirir conocimiento, ciencia y sabiduría verdaderos. Tómese en cuenta que, “a diferencia de las cosmologías occidentales modernas que conciben una única naturaleza y múltiples culturas, en el pensamiento amerindio las cosmologías son multinaturalistas: Todos los sujetos (animales, plantas, ríos, astros, etc.) poseen conciencia, dimensión espiritual, pero habitan en distintos cuerpos, tienen diferente naturaleza”<sup>2</sup>.

Evidentemente, para la gran mayoría de los occidentales modernos, quienes basan en buena medida sus vidas en el antropocentrismo, el individualismo, el materialismo, la ciencia, la lógica y la razón, es natural juzgar un enfoque de esta naturaleza como ampliamente motivado por los elementos mitológicos y supersticiosos que puedan encontrarse presentes en las culturas originarias.

### ***E pur si muove: Una historia personal***

Hechos estos comentarios iniciales, me atrevo a compartirles un aspecto sensible de mi trayectoria en las medicinas ancestrales. No desde la perspectiva de quien ya ha sanado buena parte del lastre que vamos acumulando desde la infancia, ya que no considero que ése sea mi caso; antes bien, se trata sólo de un relato de quien, en la búsqueda de su propia sanación, ha sido sorprendido por la medicina muchas veces en ámbitos que no ocupaban su atención o a los que restaba importancia.

Antes de probar por primera vez medicinas ancestrales, tenía información limitada y muy general sobre ellas: Había leído sobre la historia y la cultura de las civilizaciones prehispánicas; había visto algún documental, desde una perspectiva cultural y/o científica occidental, sobre prácticas de medicina ancestral en algunos pueblos originarios; había escuchado algunos comentarios breves y aislados de unas pocas personas que conocía que las habían tomado, quienes daban cuenta de experiencias que habían marcado su psique y su espiritualidad; y había leído un par de obras de Carlos Castañeda en las que no alcanzaba a diferenciar las licencias creativas del autor de los elementos propios de la espiritualidad y la cosmovisión de los pueblos originarios.

Finalmente, mientras pasaba por una crisis personal y existencial, decidí originalmente asistir a una o dos ceremonias de medicina ancestral esperando que estas experiencias contribuyeran facilitar mi equilibrio emocional o neuroquímico de forma natural, ya que, desde hacía bastante tiempo, venía experimentado estados de ansiedad y de depresión con relativa frecuencia. Sin embargo, en ese momento, lo más importante para mí era obtener respuesta a una pregunta de carácter existencial, me imaginaba que a través de una experiencia mística o de una epifanía, ya que juzgaba que sólo esa respuesta sería suficiente para sentirme seguro del camino que debía transitar y mis emociones tenderían naturalmente a serenarse.

En ese momento, no sospechaba que las medicinas ancestrales, paulatinamente a partir de esa primera ceremonia, adquirirían una gran importancia en mi vida y su significado se iría enriqueciendo y se tornaría más profundo; aunque de una manera que, no pocas veces, ha representado un reto para mis referentes culturales y mi formación intelectual típicamente occidental.

---

<sup>2</sup> Véase Delgado en: Jaramillo Valencia y Lombo González (2023). *Mentes reflexivas: revisión bibliográfica sobre prácticas ancestrales en la cosmovisión de los pueblos amerindios hacia la sanación del espíritu*. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=9261303>

En la primera ceremonia a la que asistí, en aquella oportunidad de ayahuasca peruana, recuerdo haberme visto dentro de una enorme ballena de color rosa vieja. A pesar de lo surrealista de la imagen, se sentía natural y no tuve miedo. No se trataba de una simple visión onírica porque podía percibir la ballena como un ser real e, incluso, sentir su respiración y, en su respiración, la vibración de los mares.

También en esa primera ceremonia, vi otros animales: una ardilla y una liebre. Estaban vivas, en libertad y conscientes de mi presencia. Sus cuerpos tenían distintas tonalidades de color entre azul, verde y amarillo. No se trataba de caricaturas; sino que su energía se mostró ante mí con esos colores. En cierta forma, era como si todas las ardillas y todas las liebres estuvieran contenidas en ellas dos.

Poco antes del amanecer de aquella primera ceremonia, me vi navegando al interior del espíritu de la Madre Tierra, rebosante estaba de colores que describían formas sagradas al compás de su propia frecuencia. No era simplemente el campo energético del planeta Tierra; era un maravilloso ser vivo, plenamente consciente de sí mismo, cuya respiración también pude sentir mientras me transmitía amor maternal.

Al término de esa ceremonia, podía apreciar el aura de los árboles que nos rodeaban y sentirlos de una manera diferente a la habitual. No hallé la respuesta que tanto buscaba y, quizás, todavía me es esquivia; pero ya la medicina me había seducido mostrándome que había una naturaleza verdaderamente sagrada en ella, cuya comprensión escapa al marco lógico racional al cual estamos habituados. Se trata de algo completamente real; aunque nuestros sentidos no lo perciban en la vida cotidiana probablemente porque el ruido permanente en que vivimos y los prejuicios de la vida moderna no nos lo permiten.

Desde aquella primera ceremonia, han pasado poco más de cinco años en los que he tomado medicinas ancestrales frecuentemente y han sido muchas las experiencias que, más que sugerir, muestran una conexión con la naturaleza a veces sutil, a veces sorprendente. De manera que se trata de algo que parece estar siempre presente como parte esencial de las ceremonias de medicinas ancestrales.

A continuación, hago referencia a algunas de las experiencias recurrentes de este tipo que, a lo largo de mi recorrido por este sendero, me han llamado más la atención:

- Es común que, algunas veces, todo el grupo o la mayoría de los allí presentes perciban la energía de la medicina de manera similar, ya sea densa, elevada, dulce, profunda, etc.
- Por momentos, la conexión con la naturaleza se expresa en las reacciones perfectamente armónicas de los animales presentes, quienes se comportan de manera sincrónica con la energía del grupo o del trabajo íntimo que nos ha sido planteado por la medicina. Es el caso, por ejemplo, de los pájaros que trinan en el instante perfecto o que, de forma inusual, se acercan y sostienen su vuelo.
- En otras ocasiones, esa armonía se expande y se hace claramente palpable en todo el grupo con trayectorias de movimientos, aparentemente espontáneos; pero que parecen describir geometría sagrada o líneas de energía en perfecto orden.
- Otras veces el elemento fuego, presente en uno de los altares, reacciona a nuestros pensamientos íntimos o a la energía experimentada por el grupo, crepitando o acompañando su intensidad. En una ocasión, recuerdo haber podido escuchar con claridad las oraciones que, mentalmente o en voz muy baja, hacían otros participantes y el fuego reaccionaba elevando su intensidad, con una fuerza que no quemaba, mientras ellos oraban. En otra ocasión, el fuego me sorprendió

hablándome, literalmente respondiendo con palabras a mi rezo de esa noche, lo cual me llevó a pensar que todos podían escuchar lo que me decía; pero fue un mensaje sólo para mí.

Todas estas experiencias, desde el principio, me fueron mostrando que aquellos elementos, que antes pensaba formaban parte de la mitología y/o del sistema de creencias de los pueblos originarios, eran absolutamente reales; pero son una parte de la realidad que casi nunca percibimos porque, en general, cultivamos estilos de vida que nos desconectan de la naturaleza, de nuestro ser interior y de la Divinidad.

Es importante tener en cuenta que cada ceremonia y cada experiencia son únicas y cada persona vive de forma muy íntima su propio proceso. Por tanto, tal como he mencionado, no se pueden reproducir a voluntad. Uno puede querer trabajar un tema en particular o elevar un rezo para algo específico; pero es la medicina sagrada quien tiene la última palabra sobre el trabajo que nos planteará en cada ceremonia.